

Al volver de Madrid, me entero de que ciertos correligionarios recogen firmas para una exposición a los organismos directivos de la Fusión Republicana, pidiendo que seamos designados como candidatos en las próximas elecciones de diputados a Cortes, el que esto escribe y D. Rodrigo Soriano.

A los que firmen de buena fe esa exposición, siento manifestarles que pierden el tiempo.

Todos los correligionarios saben que es en mí la franqueza cualidad característica, y muchas veces llego a ser rudo por un exagerado amor a la claridad. ¡Basta de comedias y fingimientos!

Yo no puedo ir a ninguna parte con don Rodrigo Soriano; ni como correligionario ni como amigo.

Yo no debo ir con él, aunque pudiera, pues revelaría con ello un olvido completo de la dignidad propia; y, aunque la generosidad sea en los hombres una virtud, no debe extremarse hasta caer en el envilecimiento.

¿He provocado yo esta situación? ¿Soy yo acaso el que ha inventado el inaudito procedimiento de insultar y ridiculizar a un compañero y amigo en su propio periódico, extendiendo la burla al ser más respetable y sagrado que tiene todo hombre?...

Llevo veinte años de batallar por la República, dando y recibiendo golpes, y más de doce me veo atacado, insultado y calumniado por la prensa reaccionaria, que para el triunfo de su política necesita despedazarme, pulverizarme, anularme por medio de invenciones y mentiras insidiosas. Y bien: en esta campaña de difamación y de embustes, los reaccionarios de todas clases no han conseguido nunca ponerme en ridículo, herir tan hondamente mi dignidad de político y de hombre como mi excompañero y examigo. Se comprende que así sea. También en la vida vulgar causa más daño la censura de un pariente que todas las murmuraciones de los extraños.

¡Y cuando los periódicos carlistas de toda España se refocilan pregonando «la caricatura de Blasco Ibáñez hecha por Rodrigo Soriano», cuando la prensa reaccionaria comenta, regodeándose, la historia del «Sansón de los fideos y su padre el tendero de uñas largas», desdichado engendro de un pensamiento incoherente, salen unos correligionarios pidiendo que vaya unido en una candidatura con el autor de tales insultos!...

¿Qué es esto, correligionarios?... ¡Ni que fuese yo un perro! El hecho de ser propagandista de un sublime ideal y jefe de un partido no creo que excluya de tener vergüenza como cualquier hombre; y no comprendo cómo gentes que no tolerarían la menor ofensa de un amigo que les traicionase, quieran que yo sea distinto de ellas y por conservar una representación política me convierta en maniquí que se guarda todos los golpes y se traga las más atroces injurias.

No; las ofensas se pueden perdonar y yo todo lo perdono. Pero quien afirme que las olvida falta a la verdad, y yo declaro que no las olvido, y por lo mismo, aunque perdone al ofensor, no puedo ir con él.

Yo soy un hombre de verdad y de franqueza. Por lo mismo creo un deber manifestar que no puedo ni quiero ir con D. Rodrigo Soriano a ninguna parte: que todo ha terminado entre los dos; y lo digo públicamente para evitar equivocaciones y falsas esperanzas. No quiero imitar al

Sr. Soriano, que va por ahí llamándome públicamente «querido jefe», «compañero fraternal», etc., y asegurando que me quiere a mí (¡al Sansón de los fideos!) con toda su alma, lo que no le impide a continuación hablar insidiosamente de cuantas mentiras se han inventado contra mí y repetir confidencialmente a los incautos las mismas suposiciones estúpidas propaladas por los periódicos clericales contra mi vida pública y privada.

Quédense los procedimientos jesuíticos para los que gusten de ellos. Yo me valgo de la franqueza, aunque cause daño, y digo públicamente lo mismo que en la conversación particular, sin fingir afectos que no siento ni mentir olvidos de que no soy capaz.

El partido republicano de Valencia no me conoce de ayer ni de hace dos años. Nos conocemos hace veinte años. Juntos nos hemos formado y hemos crecido: yo soy obra suya, como él lo es mía en su constitución actual.

Y yo le digo a ese partido que es como mi familia, que ocupa mi vida y es la única finalidad del resto de mi existencia:

—Puedes mandarme lo que quieras: siempre te obedecí. No lo he demostrado con vanas palabras. Por ti he ido gustoso a la cárcel, a la emigración, a la revuelta en las calles, al destierro. No he sido de los que se improvisan jefes y entran en el partido después de la victoria. Comencé de soldado raso, avanzando a fuerza de sacrificios. Todas las satisfacciones me han costado antes gotas de sudor; todos mis adelantos han ido precedidos de esfuerzos y dolores. Nada hay en mí de improvisado: todo me lo gané a puño, tropezando y cayendo en el camino; pero reconozco que sin ti nada sería, y te venero y obedezco. Manda, pues; pero si me quieres, si te merezco algún respeto por lo que he hecho, no ordenes nada que sea contra mi honor, nada que me rebaje como hombre, pues mi desprestigio sería al mismo tiempo el del partido.

Yo no amo las posiciones políticas; he dicho mil veces que estoy dispuesto a abandonar la mía tan pronto como el partido me lo indique, pues no soy de los que se resisten ante la voluntad de los correligionarios, sino de los que se van antes de que los arrojen.

Obedezco y obedeceré siempre al partido, pero en aquello que no afecte a mi dignidad particular. Es preferible matar a un hombre a hacerle tragar su descrédito.

En esta actitud mía, entra por mucho el prestigio del partido.

Si después de lo que todos saben, fuese mi nombre con el de Soriano en una candidatura, el público en general lanzaría una carcajada de desprecio y dirían todos:

—¡Ahí tenéis la gratitud republicana! Blasco Ibáñez pasa veinte años batallando por su partido y cuando un compañero lo insulta y ridiculiza, los correligionarios protestan... uniendo a los dos en una candidatura.

Por mi parte no quiero dar lugar a que se diga esto de un partido al que amo y amaré siempre, lo mismo en los días de satisfacción que en los de pena. Yo no soy en Valencia un ave de paso. Aquí nací, aquí vivo y aquí moriré. Mi existencia está soldada para siempre al partido. Por esto es lógico que su suerte me inquiete mucho más que a aquellos que con tomar el tren pueden librarse a última hora de responsabilidades y remordimientos.